

# En San Eugenio, diecisiete años después

Cesare Cavalleri

**E**n la misma iglesia, la basílica de San Eugenio, diecisiete años después. Entonces, sábado 28 de junio de 1975. A las 11, se celebraron los solemnes funerales de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, fallecido repentinamente dos días antes en su cuarto de trabajo, después de haber dirigido una última mirada de amor a una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Hoy, jueves 21 de mayo de 1992, a las 17.30, se celebra la última misa del triduo de acción de gracias en honor del Beato Josemaría.



El Prelado del Opus Dei se dispone a celebrar la Santa Misa en San Eugenio, en la mañana del día 21.

El Prelado del Opus Dei se dispone a celebrar la Santa Misa en San Eugenio, en la mañana del día 21.

AMAYAN SO GICHTYINU



Ha comenzado la misa  
de acción de gracias:  
*gratias tibi, Deus,  
gratias tibi!*



Incensación del altar.

Se lloró hace diecisiete años. La muerte del fundador nos había dejado incrédulos y con el corazón destrozado. El *fiat, adimpleatur, laudetur et in aeternum superexaltetur dulcissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen*, que habíamos aprendido del Padre, llegaba con dificultad a nuestros labios, y nunca como entonces la voluntad de Dios nos había parecido tan lejana de la nuestra.

También hoy se llora, pero de alegría. Muchísimos de los que están hoy aquí estuvieron presentes también entonces, y la primera evidencia es que han envejecido. Diecisiete años son muchos, y las decenas de sacerdotes que concelebran con don Javier Echevarría, en presencia del Prelado del Opus Dei, son auténticamente *presbyteri*, es decir, ancianos.

La que el fundador, en broma, llamaba la “enfermedad” del Opus Dei, una enfermedad que sólo el tiempo podrá curar, es decir, la juventud, está ya superada. Las generaciones se suceden y, por el modo en que nos miran los jóvenes, se nos hace cada vez más patente la responsabilidad de haber conocido personalmente al fundador. Y los jóvenes, también aquí en San Eugenio, son multitud.

Aquel 28 de junio, en la liturgia funeral, el altar estaba desnudo. Había sólo un gran ramo de rosas sobre el suelo, en el centro de la nave, junto al altar. Un ramo que no se sostenía bien y hubo que intervenir varias veces para arreglar los tallos que caían una y otra vez. Hoy la iglesia está inundada de luz y el altar, ante el cual se ha situado la urna con los restos del Beato, rebosa de flores. Pienso hacer hoy lo que no me atreví a hacer hace diecisiete años: coger una de aquellas flores al acabar la ceremonia para conservarla. También entonces tenía



Incensación de las reliquias.



El Vicario General del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, celebra la última misa en San Eugenio, antes del traslado de los restos del Beato a Santa María de la Paz.



Un momento de la Santa Misa.

la intención de apropiarme de una de aquellas rosas, pero al acabar la misa todos nos dimos cuenta de que habíamos pensado lo mismo: no conseguí abrirme camino entre la multitud y de entre todas las rosas no quedó ni una hoja.

La liturgia de acción de gracias es solemnísimas. El coro es maravilloso y la asamblea responde al unísono a las invocaciones del celebrante. Escuchamos las lecturas que desde hace unos días nos resultan familiares: el pasaje del Apocalipsis sobre las bodas del Cordero (*el lino son las obras justas de los santos, Ap 19, 8*), la contribución al bien con la que San Pablo anima a los romanos (*Omnia in bonum, Rom 8, 26-30*), la pesca milagrosa narrada por San Lucas (*Lc 5, 1-11*): sí, pescadores de hombres, en todos los caminos del mundo, como el Padre nos ha enseñado.

La homilía del Vicario General del Opus Dei, nos hace sentirnos estrechados en un mismo abrazo, unidísimos al Prelado y por tanto al Papa y a toda la Iglesia que aquí está representada por gentes de todo el mundo. No hay aplausos, porque así ha sido recomendado al comienzo, pero el deseo de expresar de algún modo la alegría y la emoción es fortísimo.

A las palabras de los concelebrantes, Cristo se hace místicamente presente en medio de nosotros. Y con la comunión, que dura bastante, verdaderamente *congregavit nos in unum Christi amor*. La misa ha terminado y los concelebrantes salen para volver después procesionalmente, presididos por el Prelado. La urna con los restos del fundador, el Padre queridísimo que hemos conocido, es llevada en brazos por ocho diáconos, hasta el fondo de la iglesia, donde el Prelado da la bendición con la reliquia del Beato. Es entonces cuando el aplauso, demasiado tiempo contenido, estalla imparable, resonando en las bóvedas. Siete, ocho, doce minutos... parece no querer terminar nunca.



Terminada la misa, el féretro fue trasladado a hombros desde el presbiterio hasta la entrada de la basílica.



**Monseñor Alvaro del Portillo. Detrás D. Francisco Vives, Vicario Secretario Central del Opus Dei.**

La multitud que llenaba  
la iglesia se congregó  
ante el féretro.





D. Alvaro del Portillo se dispone a venerar los restos del Beato Josemaría.



Bendición con la reliquia.

La urna sigue hasta la iglesia prelatía del Opus Dei, donde será expuesta a la veneración de los fieles. Ante la basílica de San Eugenio, en la avenida Belle Arti, imposible para el tráfico que los guardias con desesperados e inútiles silbidos tratan de hacer practicable, tienen lugar una serie de encuentros, abrazos entre personas que no se veían desde hacía años y que no han interrumpido la intimidad. En la mano tengo con sumo cuidado una flor, una zinnia amarilla (*zinnia splendens*) que un momento antes estaba en el altar.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.